

Más hojas de herbolario

Javier Sologuren

Margen del poema

Desde la abrupta reconditez de *Trilce*, son pocas (pero son) las hablas poéticas que provocan extrañezas parecidas. Baste como ejemplo *Travesía de extramares* y otros libros afines de Martín Adán. Tales obras crecen día a día nutriendo sus alcances por acción de las claves interpretativas propuestas, a lo largo del tiempo, por los comentaristas empeñados en trasponer las herméticas barreras. De Adán son estos versos:

Poesía no dice nada.
Poesía se está callada
Escuchando su propia voz.

Esta tercerilla condensa toda una poética: la del silencio ensimismado, roto sólo por el propio poeta que se identifica con la poesía. Según esto, su destino primero parece ser el perenne desafío al entendimiento y a la revelación de su mensaje, pues el ovillo lingüístico se ha desatado, rueda al azar, y en consecuencia es muy ardua la empresa de hallar el cabo que lo reordene. Es entonces que, para escucharla, se acude a las exégesis que se ejercen a veces agudas y penetrantes, anodinas las más. Siempre al margen del poema, aun en sus más lúcidos torneos conceptuales. Hermoso sueño el de dar con el sentido. Hermoso e icárico pero inalcanzable. De ahí que sean "asedios" y "aproximaciones" los términos para prudentemente curarse en salud, de un posible absolutismo verbal.

El hermetismo poético se ha instituido pluralmente por la influencia avasalladora del surrealismo. Las palabras en libertad escapan de la frágil telaraña del significado lógico y van en bus-

ca de otro sentido, nuevo y limpio de adherencias consabidas y prácticas.

¿Cómo acceder racionalmente a la captura de un sentido brotando de las honduras del subconsciente? ¿Cómo encontrar la razón de su estremecimiento exacto con los aparejos propios del análisis racional? Estos interrogantes delatan la existencia de un problema crucial: los poderes del pensamiento analítico que pretende aherrojar los relámpagos —inasibles en su esencia— de la expresión poética, de un lado, y del otro, la captación tácita e inmediata del poema sintonizado por vía de la experiencia vivencial. Algo análogo a lo que acontece con la música.

Pistas paralelas que pueden entrecruzarse sólo en el caso de que sea el poeta quien “explique” su propia creación.

Tríptico

Antonio Machado, en quien la meditación cobró alas y se tornó poesía, expresó en varias ocasiones su honda simpatía por los árboles. Tal vez halló en ellos un símil de su condición de poeta, pues éste, tal como los árboles, asciende calladamente en busca de una luz que se anhela perenne, guía de la inspiración. Desde la oscuridad germinal hasta la transparencia de los cielos. Ejercicio trascendente. Creación.

*

Absorto, me detengo. El mar me invade, me lanza la nivea cabalgata de sus olas, las espumas de su luz ¡Cuánta vehemencia! ¡Qué fiesta de metamorfosis! ¡Qué vida inquieta y confidente!

Pero no nos redimimos.

*

La poesía nos despierta como un rayo de luz en la ceguera de la existencia, como una aurora en la noche. Extraño acontecimiento cuya gratuidad nos pone siempre a prueba desafiando nuestra capacidad de ensueño y memoria a la par que suscitando un gozo liberador cuando creemos que nos ha visitado. Un gozo que se acaba no bien se insinúa un nuevo reclamo en las honduras de la mente. Entonces se vuelve a producir en nosotros una tensión que se extiende a todos los ámbitos de nuestro espíritu y nos enfrenta con eso que rumorea y nos urge a darle sentido y forma.

Son las voces secretas que se dejan oír a medias y entrar en la noche humanal para elevarse con su canto luminoso. Asunción que es un acto de abolición de la muerte. Al cumplirse el advenimiento de lo intensamente deseado —la belleza o el poema o la humana criatura— pueden brotar palabras, ampos de eternidad, como estas de Emilio Adolfo Westphalen:

Has venido nariz de mármol
Has venido ojos de diamante
Has venido labios de oro.

Lucubraciones

En el lenguaje literario, considerado como un todo, se halla involucrado el lenguaje poético (o si se prefiere lírico) cuya densidad lo sitúa en posición nuclear dentro de la literatura. Densidad semántica, riqueza de significados y sentidos que se aíslan, según circunstancias sumamente aleatorias, sin llegar nunca a la certeza de haberlas agotado. De ahí la permanente exégesis, el esfuerzo interpretativo, el asedio que la poesía, por el simple hecho de serlo, postula inevitablemente. Por eso podemos decir que existe un elemento unitario: el poema no se agota en un solo significado. Pero existen poemas “transparentes” y poemas herméticos, y entre ambos extremos surge una amplia gama de accesibilidades posibles. La polisemia (pluralidad significativa) tal vez no sea, en consecuencia, el carácter que le asegure al lenguaje poético su supuesta homogeneidad. Como la monosemia (el hecho de que la palabra posea un solo significado), ya en el terreno aledaño al lenguaje científico, es una meta deseable, aunque todavía no alcanzada. El lenguaje científico presenta estratos y niveles en cuanto a la precisión rigurosa de su terminología. Salvo la matemática y la lógica simbólica, cuyos tecnicismos y símbolos le aseguran su estatuto monosémico, se puede afirmar que el lenguaje de las ciencias, como el de la literatura, dista de ser uno y homogéneo.

Hay, sin embargo, un factor que procede directa y profundamente de la afectividad y cuya acción es decisiva (aún más, connatural) en la expresión poética. Un factor de origen musical. En torno a éste habrá de buscarse eso que nos lleva a decir, a pensar o a sentir que *es* poético un texto dado.

Los filósofos escolásticos decían “Definid y no discutiréis”. Hermosa fórmula, hermoso sueño, pues la realidad es otra. No basta. Pese a ello, tal aserto no deja de ser de enorme importancia. Veamos, en primer término, qué es definir: es enunciar los rasgos esenciales por los que se identifica algo. Algo que así cobra figura y sentido. Así, para definir el triángulo bastará con indicar que es un polígono de tres ángulos (o lados). Nadie, entonces, lo confundirá con un cuadrado o un hexágono. Los rasgos o características componentes son, en estos casos, inobjectables. ¿Pero será así siempre? ¿Será el concepto hombre definido acertadamente caracterizándolo como un animal racional? Existe tanta irracionalidad, tantas conductas primarias en el hombre que hay derecho a dudar de la validez de tal definición.

Machu Picchu en dos poemas

En el *Canto general* (1950), Pablo Neruda incluye “Alturas de Machu Picchu” como segundo canto. Lo integran doce estrofas que cubren aproximadamente dieciséis páginas. “Alturas...” es un canto elegiaco inspirado en esa obra de titanes que es la ciudadela y lo hace con paralela grandeza, rico de las gracias del símil y la imagen y de las caricias de la música. Entre los poemas dedicados a Machu Picchu, continúa siendo el más alto y dolido homenaje que éste haya recibido.

Las primeras estrofas constituyen el afinamiento, el introito de su discurso fatigado de muerte. Neruda se convierte en el sumo sacerdote de las abisales alturas de Machu Picchu, pues al confuso esplendor de su visión, al genial abigarramiento de su lenguaje, se impone la penosa conciencia de los hombres que dieron su vida para edificarlo. “Piedra en la piedra, el hombre/¿dónde estuvo?”. El poeta declara su misión: “Mírame desde el fondo de la tierra/labrador, tejedor, pastor callado (...)” “Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta” (...) “Déjame que en mí palpite como un ave mil años prisionera / al viejo corazón del olvidado.”

El otro poema es *La mano desasida* (1961) de nuestro Martín Adán. Abarca nada menos que doscientas páginas, un verdadero poema-río en el que Machu Picchu deviene piedra de toque del

metafísico Adán. Asombra el delirio conceptual, el desenfreno verbal absoluto. La incesante invocación es la voz de la zozobra y la desesperación, un obsesivo reclamo del ego que no llega a salir de sí mismo y alucina:

¡Todo lo que te doy, Mundo
¡Todo lo que te doy, Materia
¡Tú, sin mi ser, no serías
Sino el olvido de mi idea y naturaleza
¡Tú eres porque soy, Machu Picchu,
Reflejo de mi presencia,
Un humano como yo,
Uno con su vista a ciegas,
Uno que no puede saber donde
Soltar el peso que le pesa!

En Neruda, la relación que se establece con Machu Picchu se produce de un modo que podemos llamar "objetivo". El poeta es el hombre que habla sobre una realidad histórica sin perderla de vista, en tanto que la establecida por Martín Adán es diametralmente opuesta, se vale de un lenguaje en permanente abstracción conducente a un vértigo irrestañable.

Textos esporádicos

Ser de este mundo / y no serlo luego / abrigarse con la rosa / del día / y saber que un día / será espacio puro / sin sonrisa / ni espinas

*

Mientras la yerba se encrespa / y brota el húmedo trébol / y mientras el pensamiento / subyugante se desprende / como la anónima hoja / y evoluciona en silencio / entre las cálidas rosas / hay algo más que frucción / encantamiento o asombro

*

El pez acribillado en la salmuera / y la galleta que en silencio / absoluto se marchita / aún subsisten en la vieja / jaula marina / a la que tantos cables / rudamente atormentan // desde las oscuridades sigilosas del agua / un tufo de alquitrán hiere y reanima

/ y un alcatraz / desaliñado como siempre / gravemente en la proa / le otorga compañía

*

Una piedra contra el agua // las concéntricas / ondas que se abren se explayan ligeras / un murmullo que avanza por la entera / haz de luces / labradas en la arena

*

La quilla hiende / el negro mar / y huye / el brillante cardumen azogado // las casas distantes / sus luces apagan / el pescador a bordo vela / debajo del quieto / follaje del cielo

*

Una rúbrica entrañable / un gesto que se apaga / y el registro de latidos / a la vista de todos // no dejes sin embargo señas / de identidad / ni marcas de estilo / quiebra con ira o con dulzura / tu inveterada máscara / eres el hombre / nada más que el hombre / nada menos que el hombre

*

Con el viento del tiempo y las aguas / con las aguas del tiempo y el viento / esperar / esperar / esperar

*

Mil guijarros de sol / agua vecina / artificios del viento / sobre la arena / el río de la noche / pronto se olvida // pero quién me acompaña // lejos / candor de voces / níveas salpicaduras / evasivos reflejos

*

... Y los débiles / años de su infancia / acuden en sonrisas transparentes // inventar fue su empeño / un paraíso / más dulce y palpitante / que el corazón de un ave / impedida de vuelo

Los libros que alguna vez leí

Esa “alguna vez” del epígrafe —lo aclaramos de inmediato— corresponde a los ya muy lejanos años de una adolescencia que buscó tenazmente abrirse un espacio propio en el mundo, no de la acción, sino, por el contrario, del ensueño y la fantasía. Yo adolecía de soledad, de apartamiento causado por los avatares de una frágil y accidentada salud. Si este fue el escenario donde entonces me hallaba; mi acontecer existencial más íntimo, por su parte,

encontró en el libro y la lectura numerosa y cálida compañía dispuesta siempre a asistirnos en todo momento y en toda ocasión.

Mundo benévolo de fantasmas complacientes salidos de las entrañas de la imaginación y el lenguaje, ficciones plenas encandiladora presencia y dotadas de una brillantez y un relieve que, aún hoy, pese al lapso transcurrido, suelen acudir, indemnes, a mi memoria. Cuando esto sucede, no puedo dejar de preguntarme por estas felices maquinaciones del pasado que no quiere morir.

De todos los libros frecuentados en esos años (no pocos y sí muy variados), fueron los de Emilio Salgari los que, con mayor generosidad, regalaron mis días con sus soleadas aventuras en los inmensos dominios del mar. Con esas novelas me evadí de los caprichos del clima y de la monotonía de los hechos rutinarios. Con ellas viví, intensamente identificado con sus héroes, una vida más real y deseada que la que por entonces me tocó vivir. Y tengo por seguro que en ellas se hallan las raíces de mi querencia por el mar.

Pero Salgari no sólo fue la “distracción”, por más grata que fuera; en toda su vasta obra primaron —al lado de su dinamismo narrativo y de sus grandes destellos exóticos— las nobles pasiones, se exaltaron los valores del riesgo generoso, los de la justicia y el coraje. Aún más, me ofreció la vital poesía de los océanos desiertos y de las aguas inquietas y profundas.

Siempre he lamentado su destino de galeote literario y de suicida, pues Salgari, con una familia numerosa que sustentar, y carente de bienes materiales, fue víctima de un editor que lo explotó a su antojo.

Otros autores también, entre los que figuraban en la modesta biblioteca familiar, despertaron mi interés y sus páginas desfilaron velozmente bajo mis ojos. *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas padre; *Angel Pitou* de Víctor Hugo, *Los misterios de la India* de Xavier de Montepin... Este último provocó en mí una lectura febril y alucinante. La novela narraba las prácticas homicidas de los fanáticos adoradores de una diosa sanguinaria e implacable.

Cierto es que, por entonces, no me preocupaban los valores formales de la obra literaria. El mejor libro era aquel donde yo sentía la reverberante palpitación de la vida. Fue con el hallazgo de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski que tuve conciencia de

haber ingresado en el mundo de las obras maestras plenas de fuerza poética y honda humanidad. Curioso hallazgo, por lo demás, en un cajón de viejos y arrumbados libros bajo la especie de un folletín pacientemente recortado, por un desconocido y ferviente lector, de las páginas de un diario limeño que bien pudo ser *El Comercio* o *La Prensa*.

Imágenes

Haces radiantes que cruzan el espacio literario, las imágenes pierden y recuperan su sustancia ante la vista y el oído de quienes viajan con ellas en silenciosas aventuras. Unas abrasan el papel que las contiene, otras trazan huellas como follajes múltiples, pero todas están furiosamente vivas en el alarde y en las estrategias sutiles de la expresión.

Imágenes. Objetos más frágiles que los órganos florales, más flotantes que la caída de los cuerpos en los acontecimientos del sueño, más encendidas que la misma pulpa del mediodía.

Imágenes. A ellas los recuerdos, los deseos, los conceptos, las trepidaciones del alma, la ebriedad de los sentidos; de ellas se desprenden los sortilegios de aquello que, subterráneo, busca los cielos remotos.

Imágenes. Corrientes profundas del sonido, reverberaciones simultáneas, vuelos rasantes e incendiarios en las entrañas de la apariencia.

Imágenes. Astillas del Gran Espejo.

Poesía y pintura: espejos paralelos

Las relaciones entre poesía y pintura, además de apasionadas, han sido bastante confusas. Ambas artes, pese a que partieron del hecho fundamental de la representación evocadora, cuentan con sus propios y específicos medios de realizarse. No obstante esto, sus identidades fueron alterándose a causa de su afán de involucrarse mutuamente. Fue G. E. Lessing quien en su *Laocoonte* (1766) trató con singular clarividencia sobre los límites de la pin-

tura y de la poesía, rompiendo lanzas contra la manía de las descripciones en la poesía y la de la alegoría en la pintura (la engañosa pretensión de hacer de esta "una poesía muda" y "una pintura parlante" de aquella). Lessing distinguió la naturaleza esencial de ambos códigos artísticos: los signos del lenguaje "aunque sucesivos, son, sin embargo, arbitrarios" (...) y se hallan en contradicción con los de la imagen plástica "cuyas partes se desarrollan simultáneamente en el espacio".

Para la sensibilidad y la imaginación del poeta, sin embargo, otras perspectivas son las que le ofrece la pintura. Esta le suscita —con sus formas y colores— otras imágenes que le son íntimamente descubridoras, así como, en el plano del análisis crítico, conducentes a originales valoraciones.

A menos de un siglo del *Laocoonte*, Baudelaire, disertando sobre la utilidad de la crítica, se pronunciaba a favor de aquella cuya índole fuera medularmente poética: "Siendo un hermoso cuadro la naturaleza reflejada por un artista, debe ser ese cuadro reflejado por un espíritu inteligente y sensible. Así, el mejor modo de dar cuenta de un cuadro podría ser un soneto o una elegía".

Gran poeta de la modernidad occidental, Baudelaire fue también un apasionado y penetrante crítico cuyo punto de partida se hallaba en una concepción propia del arte tal como puede apreciarse en sus *Curiosidades estéticas*. Pero es en su poesía en verso y prosa en la que se concreta su actitud y sentir profundos frente a la obra plástica. Es en "Los faros" señaladamente donde va definiendo a los grandes maestros por obra y gracia de sus imágenes y de su visionaria concepción de las correspondencias entre el mundo sensible y el invisible, tal como Rimbaud lo hiciera más tarde en su "Soneto de las vocales". ("En este siglo —escribió Elie Faure— los poetas serán pintores", pues en el inmenso teclado pictórico la sensación sonora y la sensación coloreada se confunden). En los tres últimos cuartetos de "Los faros", Baudelaire condensa su pensamiento en la trascendencia de ese grito, de ese ardiente sollozo del hombre que, al dar testimonio de su dignidad por mediación de la obra artística, es retomado por otros (faros, centinelas, voceros) en esa ingente batalla por la belleza, el conocimiento y la expresión, de la cual tanto él como Rimbaud nos legaron tan intensas pruebas.

El diálogo establecido entre poesía y pintura alcanza notable riqueza desde el momento en que el punto de vista (es decir, la *visión* verbalizada del poeta) se desplaza desde el proceso mismo de la creación plástica hasta los caracteres y significados de la obra; esta es, pues, en términos del hombre como artista y las evocaciones de sus signos en tanto que reveladores de la forma y el sentido.

Estructuras

No sé qué me llevó a recoger del suelo, aún húmedo del amanecer, ese largo y delgado tallo coronado por un semiesférico conjunto de disparadas nervaduras. En verdad, lo tomé como un recuerdo, como una especie de juguete arruinado por el tiempo. Un resto definitivamente seco y austero y —en cierto modo dentro del esplendor coloreado del jardín— bañado por una áspera melancolía.

Puesto en un vaso sobre mi escritorio, atrae casi siempre mi atención sugiriéndome volanderas reflexiones. Lo he escogido como una suerte de ornamento siendo como es algo que contradice el halago visual y encandilador de los sentidos. Pero me gratifica verlo. Sé, ahora, lo que es: una estructura. El esqueleto, el sostén sistemático de un cuerpo del que conserva la forma interior, la distribución exactamente simétrica de sus componentes.

La desnudez de ese tallo empenachado, su frágil firmeza, satisfacen un deseo de penetración en el mundo (no aparental) de los Modelos que sobreviven a la caducidad de la carne y de la flor.